

su superioridad en este género de manejos. Bien es cierto que el astuto sajón sólo mediante una traición pudo reunir fuerzas para tal empresa diplomática y guerrera, fuerzas con las cuales obligó al emperador, sorprendido y prisionero, á ajustar el tratado de Passau en favor de los protestantes; instigó al rey de los franceses Enrique II á la guerra contra Carlos y pagó la condescendencia del Valois permitiéndole él y los príncipes conjurados de Hesse, Brandenburgo y Mecklenburgo, arrebatarse al imperio alemán las ciudades y obispados de Cambrai, Metz, Toul y Verdun, abriendo de este modo la frontera occidental de nuestro país al afán conquistador de los franceses.

La deshonra de esta traición hay que achacarla al protestantismo, y ningún paliativo puede bastar á encubrirla. Es de advertir que el manifiesto de guerra del rey de los franceses contra el emperador, contenía ya entonces las frases de «protección á la libertad alemana,» que desde aquel tiempo los france-



LOS FRANCESES EN EL PALATINADO

nes no conservaron mucho tiempo el derecho de poder zaherir á los protestantes por su traición. Los dos partidos religiosos pronto no tuvieron nada que echarse en cara respecto á su infidelidad á la patria: los católicos entregaron la causa de Alemania al general de los jesuitas y al rey de España; los protestantes á los reyes de Suecia y Francia.

La paz religiosa de Augsburgo, lógicamente nacida del tratado de Passau (1555), en virtud de la cual los protestantes (de la confesión de Augsburgo) obtuvieron los mismos derechos políticos en el imperio que los católicos, no fué y no pudo ser otra cosa que una tregua, pues tan propia era del protestantismo la necesidad de extenderse, como del catolicismo la voluntad

de sus amigos emplearon siempre al preparar y ejecutar contra Alemania sus ambiciosos proyectos. Digno es también observar que los franceses sólo por medio de intrigas y traiciones pudieron apoderarse de la ciudad de Metz, que se conservó fiel al imperio; en esta traición intervino también el obispo de Metz.

Debe reconocerse como la mejor de las acciones intentadas por Carlos V en su calidad de jefe del imperio, pero desgraciadamente no llevada á cabo, la que tuvo por objeto, durante el mismo año en que Metz fué arrebatada al imperio alemán (1552), reconquistar este baluarte del imperio; esto sólo se consiguió 318 años más tarde. Debemos añadir sin embargo, que los católicos alema-



BATALLA DE FERRELLIN

de reconquistar lo perdido. Y esta pérdida era mucha; pues el protestantismo no sólo se había propagado desde la Alemania central en dirección al Norte, sino que también invadía el Sur y Sudeste. La mayor parte de la Suiza alemana reformada por Zwinglio y sus colaboradores permaneció protestante; vastas regiones de Baviera, Austria, Salzburgo y Estiria, que hoy día son países predilectos de Roma, se habían convertido al luteranismo durante el siglo XVI; y hubo un tiempo en que Viena misma pudo pasar por una ciudad luterana. Ni aún la circunstancia de que la línea austriaca de la casa de Habsburgo guardara la misma fidelidad a la Iglesia antigua que la línea española; y de que los duques de Baviera permanecieran fanáticamente adictos a Roma, pareció poder poner coto al progreso y a la consolidación del protestantismo en las partes meridional y sud-oriental de Alemania. En el último tercio del siglo las cosas tomaron sin embargo un aspecto que produjo grave trastorno.

El catolicismo había pasado en tanto por un proceso interior de regeneración que le dió las fuerzas necesarias para poder, no solamente detener, sino también rechazar el protestantismo; tanto más, cuanto que la envenenada discordia encendida entre luteranos y calvinistas había quebrantado la unidad protestante. Es preciso examinar detenidamente esta contienda para apreciar el grado de malicia diabólica que alcanzaban esos teólogos.

Al protestantismo quebrantado, desunido, ajeno ya a sus propios principios, oponíase con incomprendible energía el catolicismo, reorganizado por la sociedad de Jesús y dotado de una disciplina de hierro por los decretos del concilio de Trento (1562); el catolicismo pues no vaciló en obrar. La dirección estratégica y la ejecución táctica de la gran campaña que Roma, apoyada por el poder de Felipe II de España y por los Habsburgos alemanes y los duques de Baviera, emprendió contra el protestantismo, estuvo en manos de la orden de Jesús, cuya organización, encaminada a la dominación universal, debemos reconocer como esencialmente apta para este fin. Merced a sus especiales procedimientos, el jesuitismo alcanzó una influencia inmensa tanto en la baja como en la alta sociedad. Desde la «casa madre» de la «compañía de Jesús», al pie del Capitolio, su «general» manejaba los complicados hilos de una red en la que estuvieron envueltos reyes y príncipes, así católicos, como en ocasiones protestantes.

Después que la reacción jesuítica católica, aún durante el siglo XVI, hubo exterminado el protestantismo en los países católicos como España y Roma, o le hubo debilitado por todo extremo como sucedió en Francia, inauguróse a principios del siglo XVII en suelo alemán la lucha abierta, que durante el reinado tolerante del emperador Fernando I y del emperador Maximiliano II sólo había podido agitarse clandestinamente. Esto aconteció en tiempo del emperador Fernando II, en el cual renació el antiguo fanatismo de su primo el español Felipe, y cuyas conocidas palabras: «Más me gusta reinar en un desierto que en un país hermoso lleno de herejes», caracterizan por completo sus ideas y su política. Después que en los años 1608 y 1609 los príncipes alemanes de los dos partidos, la «Unión protestante» y la «Liga católica», se hubieron amenazado unos a otros, en el año 1618 estalló la más horrorosa de todas las guerras, guerra que durante treinta años llenó de horrores al imperio alemán, transformando nuestro país en un desierto, reduciendo su población de diez y ocho a cuatro millones, y sumiendo al resto en espantosa miseria: en 1648 tuvo esta guerra vergonzoso fin con la paz llamada de Westfalia, estipulada en Munster y Osnabruck, y dictada casi por la corte francesa.

Esta paz convirtió en un hecho consumado la mutilación del imperio (por medio del reconocimiento de las usurpaciones efectuadas por los franceses en el Occidente, y de las adquisiciones suecas en el Norte) y la separación completa en el interior.

La posición de Alemania como potencia europea estaba perdida, su unión nacional quedó reducida a una sombra. La diplomacia extranjera, y sobre todo la francesa, había tenido cuidado en Munster y Osnabruck de hacer que todos los príncipes del imperio recibieran en sus territorios la completa soberanía y el derecho de contraer alianzas entre sí y con potencias extranjeras, «mientras esas alianzas no se dirigiesen contra el emperador y el imperio», según decía un artículo reservado, que sin embargo en la práctica para nada se tenía en cuenta. A la dieta debía pertenecer la legislación, el sistema de contribuciones del imperio, la declaración de guerra y la estipulación de la paz. La dieta, presidida por el elector de Maguncia como archicanciller del imperio, se dividía: 1.º en «Consejo de príncipes del imperio», en el cual además de los príncipes seculares y eclesiásticos (en junto 98 votos), también los cuatro «bancos» de los condes del imperio y los dos bancos de los prelados tenían un voto respectivamente; y 2.º en «Colegio de las ciudades del imperio», cuyo colegio a su vez se dividía en el «banco» suabo y en el renano, correspondiendo a este catorce votos, mientras que al primero correspondían treinta y siete.

Esta constitución del parlamento del imperio fué constante desde la separación de Alsacia. A consecuencia de las continuas amenazas que pesaban sobre el imperio por parte de los turcos y franceses, la dieta se transformó de temporal en perpetua, estableciendo su residencia en Ratisbona: sus debates ya no se efectuaban como antes por los Estados del imperio, sino por medio de apoderados (embajadores comiciales que sólo votaban según las órdenes de sus mandatarios). En su conjunto la dieta sólo ofrecía un cúmulo enorme de dificultades, de fórmulas y de rutinas, y a pesar de eso, este defectuoso cuerpo parlamentario tenía tal competencia, que despojaba de todo su poder al verdadero jefe del imperio, rebajando la posición del emperador hasta la de un mendigo. Por lo demás en la paz de Westfalia se había reconocido la igualdad política de los protestantes con los católicos, y por lo tanto figuraban representantes de ambas confesiones en el «Consejo del imperio» y en el «Tribunal Supremo». El número de los siete electorados de la Edad media se había aumentado con un octavo, el de Baviera.

El resultado total de las estipulaciones de Munster y Osnabruck fué la debilitación, el aniquilamiento, la impotencia de nuestro país, su dependencia política y civilizadora del extranjero, y en primer lugar de los franceses. El título de imperio (en alemán *Reich*, rico) sólo fué ya un sarcasmo de nuestra pobreza política, material e intelectual. Alemania era considerada en los cálculos de la política europea tan sólo como proveedora de mercenarios, teatro de las guerras y blanco de extranjera rapiña que atraía a todos los que tenían la audacia y fuerzas necesarias para ello; entre estos últimos figuraba sobre todo Luis XIV, cuyas guerras del último tercio del siglo XVII devastaron nuestras regiones del Rin, del Mosela, del Saar y del Neckar, devastación que llegó a ser proverbial, peor que la de los hunos, y tanto más sensible, cuanto que las heridas de la guerra de los Treinta años habían principiado a cerrarse. El citado déspota fué también el que excitó a sus aliados los turcos y suecos contra el débil imperio alemán; aprovechándose de los apuros de este para arrebatárle la Alsacia, y coronando este

acto con la toma de Estrasburgo, preparada de antemano con indecible ruindad (1681). Un hidalgo y sacerdote alemán, el príncipe obispo de Estrasburgo, Egon de Furstenberg, le ofreció para ello su traidor apoyo. Pero bien se concibe que tales cosas sufriera Alemania ¡tan



EN LAS TRINCHERAS DE MAGDEBURGO

indefensa había quedado y hasta tal punto había degenerado, merced á la españolización de los Habsburgos, merced á la reforma fracasada, ó cuando ménos realizada á medias, merced al cisma eclesiástico, á la guerra civil y al particularismo!

La época de la Reforma tocaba á su término sin que de la oscuridad en que se hallaba sumida Alemania, tras los presagios de una brillante aurora, que parecía sonreírle y brindarle hermosas esperanzas, hubiera surgido un nuevo día; pero en la negra noche que la envolvía, apareció inesperadamente una estrella que alumbró nuestro desgraciado país con tenue resplandor de esperanza. En el norte de Alemania se presentó un general, un hombre político, de los que tanta falta habían hecho hasta entonces á los alemanes. Este hombre fué el elector de Brandenburgo, Federico Guillermo, llamado el «Gran elector», y con mucha razón; pues él fué quien fundó el Estado brandenbúrgico-prusiano, él fué quien con su gloriosa victoria de Fehrbellin (1675) sobre los suecos, volvió á demostrar por primera vez al mundo que los extranjeros no eran del todo señores y dueños del suelo alemán.

III

LA EDAD DE BRONCE DE LA ORTODOXIA



ADIE, ó á lo más sólo un hombre superficial, podría negar que impulsó á la época de la Reforma una aspiración noble, la tendencia á la perfección y un fondo de sentimiento religioso. Verdad es, como ya hemos demostrado en el capítulo an-

terior, que esos hermosos «sueños de oro» eran irrealizables; pero al llegar á la mitad de su carrera, la Reforma fué ya una potencia civilizadora, cuya benéfica influencia se extendía, según sabemos, hasta el bando enemigo, hasta la antigua Iglesia. La circunstancia de haber surgido en los países alemanes y del seno del pueblo un hombre que enriqueció con un nuevo capítulo el libro de la historia universal, tuvo en sí algo de importante á la par que de honroso para nuestro pueblo. La tentativa de despojar al cristianismo de su representación idolátrica, y devolverle su carácter primitivo, salió del fondo del corazón del reformador y fué emprendida con valor. La simplificación del culto debe considerarse también como un adelanto nacional, porque la severa gravedad y sencillez del ritual protestante, despojado de toda ostentación, correspondía sin duda á las ideas y á los sentimientos germanos mucho mejor que las aparatosas ceremonias romanas.